

se quería representar en Listria, que no solo la trastornaron, sino que presentaron, como era de esperar de unos enemigos encarnizados, otra enteramente contraria. Hicieron creer á la multitud que Pablo y Bernabé eran unos hombres poseidos del demonio, y que en virtud del demonio, habian hecho el prodigio que habian visto. No pararon aquí, sino que la provocaron á que los apedrease; y la multitud, que puesta en alboroto en nada se detiene, cargó luego, particularmente sobre san Pablo y le apedreó sin cesar, hasta que le tuvo por muerto. Entonces le sacó de la ciudad y le arrojó en el campo, como á un criminal indigno de sepultura. Sin embargo este tratamiento, que era la última señal de su furor contra san Pablo, fué una especial providencia para conservar su vida. Sus discípulos, que le habian seguido hasta el campo adonde le arrojaron, advirtieron que aun respiraba, ¡cuál fué aquí su alegría! Le tomaron en sus brazos, le fomentaron con mucho tiento y cariño, y le curaron con tanto acierto y tan feliz suceso, que pudo entrar por su pié en Listria y pasar á Derbe el día siguiente con su compañero san Bernabé. Allí fué san Pablo enteramente curado, y luego volvió á predicar con san Bernabé la palabra del Señor sin que nadie les turbase; prueba clara de que la ida de los Judíos á Listria fué mas bien á impedir el sacrificio nefando, que los idólatras de esta ciudad pretendian ofrecerles, que á perseguirles.

**Visitan la Iglesia de Antioquía de Siria y suben á Jerusalem.**

De Derbe se volvieron á su amada Antioquía de Siria, predicando al paso en la ciudad de Perges, donde convirtieron á muchos, particularmente paganos, y recogido este fruto, se embarcaron, y despues de una feliz navegacion, vinieron á Antioquía. De aquí les habia enviado

el Espíritu Santo para abrir la puerta de la fe á los gentiles, y el primer cuidado de san Pablo y san Bernabé fué juntar todos los pastores y todas las ovejas de este amado rebaño, y darles parte de las maravillas que por su ministerio habia obrado Dios entre los gentiles; lo que hicieron cumplidamente en una bella relacion de todo lo que les habia ocurrido. No se puede explicar cuánto fué el gozo de los habitantes de Antioquía cuando, despues de dos años, volvieron á ver á sus primeros maestros en la fe, y á oír de su boca los consoladores sucesos de su ministerio. Los detuvieron cerca de si lo mas que pudieron; pero estaba san Pablo muy ansioso de subir á Jerusalem para hablar con aquella Iglesia, y principalmente con san Pedro acerca de su ministerio. Habian pasado ya catorce años desde su conversion, y en todo este tiempo solamente dos veces habia estado en Jerusalem; una á los tres años de convertido, y entonces solo fueron quince dias que estuvo con san Pedro, sin que tuviese ocasion de ver ningun otro apóstol que á Santiago el Menor; y otra, cuando fué á llevar las limosnas de los cristianos de Antioquía y sus contornos. Era esta la tercera, exigida por su ministerio, y ordenada por el Señor.

**Primera noticia del jóven Tito.**

Tomaron consigo en este viaje un jóven gentil, llamado Tito, que habia abrazado la fe, y que mereció por sus virtudes que le escribiese san Pablo una carta, que se conserva entre las canónicas ó sagradas. Llegaron los tres á Jerusalem, y el primer cuidado de san Pablo y san Bernabé fué reunir cuantos pudieron de los apóstoles, discípulos, y antiguos cristianos, que habian sido testigos de la gloriosa Resurreccion del Señor en muchas apariciones hasta su triunfante ascencion á los cieles. Con estos consultó san Pablo, y principalmente con san Pedro, el Evangelio que predicaba á los gentiles.

Deseaba este apóstol de las gentes que la Iglesia de Jerusalem diese su aprobacion á la doctrina que predicaba, no porque temiese que no fuese verdadera, habiéndola recibido del mismo Jesucristo, sino para que su aprobacion contribuyese á aumentar la conversion de los gentiles.

**Reconoce la Iglesia de Jerusalem la mision de san Pablo á los gentiles.**

Visto por la Iglesia de Jerusalem, dice el mismo san Pablo, que á mí se me habia encomendado la predicacion del Evangelio á los incircuncisos, como á Pedro la de los circuncidados; porque el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncision, obró tambien en mí para el apostolado de las gentes, Pedro, Juan y Santiago nos dieron las manos derechas á mí y á Bernabé en señal de una cariñosa despedida, quedándose ellos en la Iglesia de la circuncision en Jerusalem, y volviendo nosotros á la de los incircuncisos en Antioquía. Tito, siempre al lado de sus amados maestros, fué con ellos á aquella tan populosa como cristiana ciudad. Todos y en todas partes sabian que no estaba circuncidado, pero san Pablo queria hacer ver con este testigo presencial y continuo, que ni la circuncision, ni alguno de los legales de Moisés, obligaba á los gentiles que se convertian.

**Disputa sobre la necesidad de la circuncision.**

Todo seguia bien en la Iglesia de Antioquía, tanto mas, cuanto tenia dos apóstoles á su frente; mas bajaron de Judea y Jerusalem algunos cristianos de la circuncision negando que pudiesen salvarse los gentiles convertidos, si no se circuncidaban segun la ley de Moisés. Y bajando algunos de la Judea, dice san Lucas,

enseñaban á los hermanos, diciendo: Si no os circuncidais, segun el rito de Moisés, no podeis salvaros. Al oír esto los cristianos gentiles, que componian casi toda esta floreciente Iglesia, y vivian en una gran paz sobre la fe de sus apóstoles, turbados de repente y sumergidos en la confusion, corrieron en tropas á buscar á san Pablo y san Bernabé, y les dijeron afligidos: que los cristianos que habian venido de Jerusalem les trataban como excomulgados y perdidos, porque no se habian circuncidado, y que no era eso lo que se les habia enseñado al tiempo de su conversion y su Bautismo; que como padres de su fe en Jesucristo, mirasen por el consuelo de estos sus hijos y tratasen del remedio.

Los dos apóstoles se presentaron á los cristianos recién venidos y les hicieron ver: que los cristianos convertidos del paganismo no estaban sujetos, despues de su conversion, á la circuncision, ni á la demás leyes ceremoniales de Moisés, como no lo habian estado antes: que estas solo habian obligado á los hijos de Jacob, á quienes se habian impuesto; y en fin que estaban tan léjos de obligar á los gentiles convertidos, que los mismos Judíos convertidos debian quedar libres de ellas por la gracia de Jesucristo. Disputaron reciamente los dos apóstoles con los recién venidos (segun san Epifanio eran el hereje Cerinto y sus secuaces) y no pudieron convertirlos. No era extraño siendo herejes. Bastaba san Pablo, instruido hasta en el tercer cielo por Jesucristo, para decidir y dar por concluida con su autoridad la disputa; pero podia mirársele como parte interesada por sus amados gentiles, y quiso que la cuestion se llevase á la Iglesia de Jerusalem, de la que no hubiese apelacion. Se convinieron unos y otros en ello, y los defensores de la necesidad de que observasen los gentiles la ley de Moisés nombraron dos de los cristianos de la circuncision, y san Pablo y san Bernabé fueron los encargados por parte de los gentiles ó incircuncisos. La Iglesia ó Concilio de Jerusalem, al que presidia san Pedro, como

cabeza de todos los fieles, se componia de todos los apóstoles, exceptuando á Santiago el Mayor, á quien habia hecho quitar Herodes la vida, y á Judas Iscariote que se habia ahorcado. No sabemos los que en esta ocasion se hallaban en Jerusalem; pero sí que se reunieron todos los que se encontraban en ella, ó en lugar y situacion de poder asistir al concilio. Tambien asistieron aquellos discípulos ancianos que habian conocido á Jesucristo y que gozaban de mayor reputacion entre los hermanos. A este tribunal excelso fueron los encargados á exponer sus pretensiones recíprocas.

Los mas antiguos y considerables cristianos de la floreciente Iglesia de Antioquía acompañaron á los dos apóstoles san Pablo y san Bernabé hasta mas allá del término de su ciudad, y aunque fué inevitable su sentimiento al separarse de los padres que les habian engendrado en Jesucristo, no lo fué tanto como en otras ocasiones, porque esperaban que seria breve su ausencia y muy provechoso su viaje para la tranquilidad de sus almas. Pasaron san Pablo y san Bernabé por las provincias de Fenicia y Samaria, donde habia ya mucho tiempo que el Evangelio producía frutos abundantes. En todas las ciudades y pueblos en que se veían precisados á detenerse, juntaban á los fieles, no tanto para predicarles, como para decirles cuanto habia obrado el Señor por su ministerio para la conversion de los gentiles; y con estas noticias llenaban sus corazones de un gozo indecible. Cuando llegaron á Jerusalem fueron recibidos con la mas profunda veneracion por los apóstoles, los obispos, los ancianos, y por toda la Iglesia de aquella gran ciudad, donde con una alegría universal se habia sabido la eleccion que Dios habia hecho de estos dos grandes hombres para apóstoles de las gentes, y la fidelidad y exactitud con que correspondian á ella. Se les dieron todos los testimonios posibles de aprobacion de su conducta y todos los elogios que merecia la grandeza de su empeño. San Pablo y san Bernabé no necesitaban

alegar razones en favor de su causa. Les bastaba referir lo que habian hecho, ó por mejor decir, lo que Dios habia hecho por ellos y con ellos. Esta narracion sencilla era la prueba mas convincente que podia presentarse. Así lo hicieron estos defensores de la incircuncision, dejando á los diputados contrarios todo el tiempo que quisieron emplear en exponer sus razones en favor de la circuncision; y cuando hubieron acabado, se levantaron algunos fariseos (secuaces de Cerinto) y dijeron: No basta lo que han hecho y dicho Pablo y Bernabé; es necesario que los gentiles convertidos se circunciden y que guarden la ley de Moisés.

**San Pedro decide, y todos se conforman.**

Entonces los apóstoles y los obispos, como miembros del concilio, y los presbíteros ó ancianos, como consejeros y como discípulos que habian aprendido del Señor y de los primeros cristianos las verdades de la religion, confirieron sobre ello; y cuando con mas ardor se buscaba la verdad, se levantó san Pedro, y tomando aquel tono de autoridad, propio del Pastor universal, cuando habla para enseñar á los fieles, dijo: Varones hermanos, vosotros sabeis que desde los primeros dias que entró y salió con nosotros el Señor Jesus, ordenó que de mi boca oyeseis los gentiles la palabra del Evangelio y creyeseis, y Dios, que conoce los corazones de los hombres dió un testimonio patente de esto, concediendo tambien á ellos el Espíritu Santo, como á nosotros; y habiendo purificado con la fe sus corazones, no hizo ya diferencia entre ellos nosotros. ¿Porqué, pues, tentais ahora vosotros á Dios, queriendo poner sobre los cuellos de los gentiles convertidos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Mas nosotros creemos ser salvos, no por la ley de Moisés que á ninguno ha podido salvar, sino por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, por la que

tambien fueron ellos salvados. Aquí calló toda la multitud, aprobando cuanto habia dicho la cabeza de la Iglesia, y la cuestion quedó concluida, ó como dice san Agustin, habló Pedro y la causa quedó finalizada.

#### Carta del Concilio de Jerusalem á los gentiles de Antioquía.

Entonces pareció bien á los apóstoles y á los ancianos, con toda la Iglesia, elegir á Judas y á Silas, varones principales entre los hermanos, y enviarlos á Antioquía con una carta que decia: Los apóstoles y los hermanos presbíteros, á los hermanos gentiles, que estan en Antioquía, en Siria y en Cilicia, salud. Por cuanto hemos sabido que algunos, que han salido de entre nosotros, os han trastornado y turbado vuestras almas con palabras que nosotros no les hemos mandado, habiéndonos congregado, como si fuéramos uno solo, nos ha parecido escoger varones y enviarlos á vosotros con nuestros carísimos Pablo y Bernabé, que han puesto sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Enviamos, pues, á Judas y á Silas, que os dirán de palabra esto mismo. Ha parecido, pues, al Espíritu Santo y á nosotros no imponer sobre vosotros mas cargas que estas cosas necesarias: que os abstengais de las casas sacrificadas á los ídolos, de la sangre del sofocado y de la fornicacion; de las cuales guardándoos, haréis bien. Quedad con Dios.

San Pablo y san Bernabé partieron luego para Antioquía, colmados de gozo con el pensamiento de que el feliz suceso de su comision iba á llenar de alegría á sus amados Antioquenos y á sosegar sus conciencias. Con ellos se unieron Judas y Silas, diputados de la Iglesia de Jerusalem y portadores de la carta del concilio, y caminaron juntos hasta la ciudad. Un ansia, una santa impaciencia de saber las resultas del viaje, ocupaba á todos. Luego que se supo el arribo de san Pablo, san

Bernabé y los dos enviados del concilio que les acompañaban, se juntó la multitud, y conducida por sus doctores y obispos, salieron á su encuentro y los condujeron á la ciudad. Fueron recibidos con la profunda veneracion que correspondia al carácter de enviados de una Congregacion reunida en el Espíritu Santo. Entregaron la carta del concilio, que fué leida en presencia de todos y causó en todos los corazones una alegría indecible. Judas y Silas, testigos del gozo que ocupaba á los Antioquenos, echaban el colmo á la alegría con sus fervorosos discursos, y confirmaban en la fe á los hermanos con la unción propia de su carácter de profetas y doctores de que estaban revestidos. Cuando hubieron pasado algun tiempo disfrutando de la comun alegría, se les permitió volver á Jerusalem á hacer participantes de ella á los que les habian enviado: pero Silas tuvo por mas conveniente quedarse en Antioquía, y solo Judas subió á Jerusalem, donde hizo relacion á los apóstoles y Padres del concilio, á los ancianos y presbíteros, y á todos los cristianos de su feliz viaje, del gozo con que habian sido recibidos por los cristianos de Antioquía, y sobre todo, del júbilo con que habia sido leida y oida la carta.

San Pablo y san Bernabé se estaban en Antioquía enseñando y evangelizando la palabra del Señor, teniendo en su compañía á Silas y otros muchos cooperadores y ministros que esta dichosa Iglesia habia poseido en abundancia desde el principio. Esta multitud de operarios de que estaba provisto, hizo creer á san Pablo que podia pasar ya sin su presencia y la de su compañero, y así despues de algun tiempo, dijo á san Bernabé: Volvamos á visitar á nuestros hermanos, recorriendo las ciudades en que hemos predicado la palabra del Señor, y veamos cómo les va y el estado en que se encuentra su fe y sus costumbres.

**No se avienen san Pablo y san Bernabé sobre llevar consigo á Juan Márcos.**

Bernabé convino con mucho gusto en ello; pero queria llevar en su compañía á Juan Márcos, su primo; mas san Pablo hizo presente á san Bernabé que no les convenia llevar consigo este discípulo, que ya sabía que les habia dejado en Panfilia, volviéndose á Jerusalem á vivir con su madre; que su delicada complexion no habia podido sobrellevar las fatigas evangélicas; y que no era prudente exponerle á una segunda prueba. San Bernabé formaba otras esperanzas de Márcos, en lo que fácilmente pudo tener su parte la carne y la sangre. Contaba con hacer de este jóven un excelente operario, y no se determinaba á pasarse sin él. No se avinieron, ó por decirlo mejor, no quiso el Señor que se avinieran, porque así convenia á los intereses del Evangelio. Separándose los dos apóstoles y tomando cada uno compañeros que les ayudasen, podian llevar á un mismo tiempo la palabra de Dios á muchos pueblos y adelantar esta divina obra, durante los pocos años que faltaban hasta la ruina entera de Jerusalem y de la sinagoga, y así en efecto lo hicieron.

**Historia de san Bernabé.**

San Bernabé partió de Antioquía llevando consigo á Juan Márcos, que habia vuelto de Jerusalem, y se embarcaron juntos para la isla de Chipre, de donde era natural el primero, como ya hemos dicho, y es todo lo que sabemos por la historia sagrada del apostolado de san Bernabé; mas por las historias eclesiásticas, mas antiguas y mejor acreditadas, sabemos que san Bernabé trabajó con gran celo y con gran fruto en su isla de Chipre; que tuvo el consuelo de verla convertida á la

fe; que pasó á Italia y á Milan, cuya Iglesia se gloria de haberle tenido por su primer padre en la fe: y que volviendo á su patria, combatió con tanto celo la doctrina de la circuncision y los legales, que la sinagoga suscitó contra él un alboroto popular, en el que recibió la corona del martirio, muriendo apedreado como san Estéban. Quisieron los circuncisos quemar su cadáver; pero su pariente y discípulo Juan Márcos, ayudado de otros discípulos, le recogió en la oscuridad de la noche inmediata y le enterró cerca de la ciudad con todo el honor que le permitieron las circunstancias. El furor de las persecuciones de los primeros siglos hizo que se perdiese la noticia de su sepulcro, hasta que, convertidos á la fe los emperadores, se volvió á adquirir en el siglo quinto y tiempo de Zenon. Antimo, obispo de Salamina (capital de la isla de Chipre), tuvo una revelacion del sitio donde se hallaba el sagrado depósito, y luego se formó una procesion religiosa y se caminó á descubrirle. Se cavó en el sitio designado y se halló el cadáver del santo apóstol, con un ejemplar del Evangelio de san Mateo sobre el pecho, escrito por mano del mismo san Bernabé. El santo obispo Antimo envió este ejemplar al emperador Zenon, quien mandó guarnecerle con láminas de oro y custodiarle en su palacio imperial con el mas profundo respeto. Hizo tambien edificar una magnífica iglesia en el sitio donde se habia encontrado el sagrado cadáver, colocando en el centro el sepulcro del santó entre hermosas columnas de mármol guarnecidas de magníficos relieves de plata.

**San Pablo asocia consigo á Silas.**

San Pablo, separado de san Bernabé, asoció consigo á Silas, uno de los dos diputados que habian bajado de Jerusalem á Antioquía á traer la carta del concilio, y que se habia quedado en esta ciudad cuando su compa-

nero Judas se volvió á Jerusalem, como dejamos ya dicho. Silas, aunque profeta y obispo, se dió por muy contento y honrado con esta eleccion que hacia de él un san Pablo, el vaso escogido por Dios para llevar su santísimo Nombre á las gentes. San Pablo y Silas salieron de Antioquia y recorrian la Siria y la Cilicia, animando y confirmando á las Iglesias en la fe y mandando que se guardasen los preceptos de los apóstoles y de los ancianos, decretados en Jerusalem; y las Iglesias se afirmaban en su fe y se aumentaba todos los dias. Llegaron á Derbe y á Listria, ciudades en las que habia trabajado mucho san Pablo con san Bernabé en su primer viaje y donde veía ahora los mas hermosos frutos.

**Encuentran en Listria á Timoteo.**

Hallaron en Listria un jóven cristiano, llamado Timoteo, hijo de padre gentil y de madre judía de nacimiento, y cristiana de profesion, del que ninguna noticia nos da san Pablo en su primer viaje. Era el padre de Timoteo uno de aquellos Griegos que, como el centurion antes de su Bautismo, sin ser discípulo de Moises, creía en un solo Dios verdadero; y su madre, llamada Cunice, vivía con un hombre de este carácter sin peligro que la pervirtiera. Había criado á su hijo Timoteo en la religion cristiana que ella profesaba, y en preciosas costumbres. Siendo hijo de padre gentil y de madre judía, podía circuncidarse ó permanecer incircunciso, y en este último estado habia vivido hasta ahora. Los cristianos de esta ciudad, y tambien los de Iconio, daban de Timoteo el mas glorioso testimonio. San Pablo quiso conocerle por sí mismo y luego penetró lo mucho que valia este jóven.

**No permite san Pablo la circuncision de Tito, y quiere la de Timoteo.**

San Pablo se habia asociado, como ya hemos dicho, á Tito para servirse de él en la instruccion de los gentiles, y ahora quiso tomar á Timoteo para la de los Judíos. Siendo Tito hijo de padre y madre gentiles, creyó el apóstol que seria un gran inconveniente para la conversion de los gentiles circuncidarle, y nadie pudo vencerle á que lo permitiese. Lo contrario sucedió con respecto á Timoteo. Siendo hijo de padre gentil y de madre judía, y pudiendo continuar incircunciso, siguiendo la ley del padre, ó circuncidarse siguiendo la de la madre, el apóstol quiso que se circuncidase para que coadyuvase mejor á la conversion de los Judíos. Convinieron en ello los padres de Timoteo, y este se sujetó á la ley para seguir á san Pablo, á quien habia cobrado ya aquel tierno amor que le profesó siempre.

**Se dirige san Pablo con sus compañeros á Bitinia.**

Despues de haber visitado el apóstol las tres Iglesias de la Licaonia, que eran Iconio, Derbe y Listria, y de haber aumentado con sus fervorosos discursos la piedad y virtudes de aquellas florecientes Iglesias, salió de ellas acompañado de Silas, de Tito y de Timoteo, su nuevo cooperador y discípulo, y pasando las provincias de Frigia y de Galacia, trataron de ir á Bitinia, provincia del Asia menor, cuya capital era Efeso, y no se lo permitió el Espíritu de Jesus. No se nos dice la causa que hubo para esto. Dios es árbitro de hacer gracia á quien quiere y cuando quiere. San Juan Crisóstomo y otros santos Padres creen que el motivo fué tener el Señor reservadas estas provincias al ministerio de san Juan, y en efecto en ellas le ejerció cumplidamente.

Tambien pudo ser porque ya san Pedro habia predicado el Evangelio en el Asia y la Bitinia, y queria el Señor que san Pablo y sus compañeros fuesen á predicarle en la Macedonia, como puede inferirse del pasaje siguiente. San Pablo y sus compañeros, despues de haber cruzado la Misia, bajaron á Troade, llamada Alejandria. En esta ciudad tuvo san Pablo una vision celestial. Se le puso delante un hombre macedonio que le rogaba y decia: Pasa á Macedonia y ayúdanos. Se cree que este hombre, que se habia presentado á san Pablo en traje macedonio, era el ángel tutelar de la provincia, que pedia por ella. Luego que san Pablo tuvo la vision, procurámos, dicen estos misioneros, ir á Macedonia, asegurados de que Dios nos habia llamado para que predicásemos el Evangelio, y embarcándonos en Troade, vinimos á Somotracia, última ciudad de la Tracia, y el día siguiente llegamos á Nápoles, situado sobre las fronteras de Tracia y Macedonia. De allí pasamos á Filipos, llamada así de Filipo, padre de Alejandro Magno, y en esta ciudad nos detuvimos algunos días á conferenciar sobre el modo de derramar en aquel país, enteramente desconocido, la semilla del santo Evangelio.

#### Se detienen en Filipos.

No habia en Filipos sinagogas, como en las otras ciudades del Asia, y los pocos Judíos que se toleraban allí, se juntaban para hacer su oracion comun en un lugar apartado de la ciudad sobre la ribera de un rio. Habiendo llegado el sábado, salimos de la ciudad y fuimos á la ribera del rio, donde nos parecia que se hacia la oracion comun, y sentándonos, hablábamos con las mujeres que se hallaban ya allí reunidas.

#### Conversion de Lidia.

Entre ellas habia una de Tiatira, llamada Lidia, que tenia un gran comercio de grana en Filipos, y adoraba á un solo Dios. Cuando oyó hablar de Jesucristo, el Señor abrió su corazon y escuchaba con mucha atencion las cosas que san Pablo decia. Advirtió el apóstol la atencion y piedad de Lidia, y dirigiéndose á ella particularmente, la habló de Dios y de su santísimo Hijo Jesucristo, de sus misterios y de la santidad de su doctrina. Entonces esta piadosa mujer creyó y fué bautizada con toda su casa. Fué desde luego muy viva su fe, y su caridad muy fervorosa. Si juzgais, nos dijo, que yo sea fiel al Señor, y digna de tener en mi casa á sus ministros, entrad en ella; y nos obligaba á que entrásemos. No queremos comparar á esta fervorosa mujer con los dos discípulos de Emaús que obligaron á Jesucristo á que entrase en su casa; pero no se la pueden negar unos rasgos de semejanza que la honran mucho.

#### Curacion de la pitonisa ó adivina.

Sucedió, pues, otro día, que yendo nosotros á la oración, nos encontró una muchacha, que tenia espíritu de Piton ó de diablo, como la adivina ó pitonisa que consultó el rey Saul en la noche anterior al día de la batalla en que murió. Esta muchacha daba mucho que ganar á sus amos adivinando. El diablo conoce lo presente y lo pasado, y por la sutileza de su espíritu, dice santo Tomás, conjetura ordinariamente lo que está por venir. Así daba el demonio sus respuestas por medio de esta muchacha á los que venian á consultarla. Ella siguiéndonos daba grandes voces, diciendo: Estos hombres son siervos del Dios excelso, que os anuncian el camino de la salud, y esto lo hacia por muchos días.

Condolido san Pablo de la pobre muchacha, cansado de oír unas alabanzas que les daba el padre de la mentira, y siguiendo el ejemplo de su divino Maestro, que mandó salir de un hombre poseído al espíritu inmundo que le llamaba Santo de Dios, dijo al espíritu de adivinación: Te mando en nombre de Jesucristo que salgas de ella, y salió en la misma hora.

**Son azotados y encarcelados.**

Viendo sus amos que se había acabado su ganancia, echando mano de san Pablo y de Silas, los arrojaron al tribunal, donde los presentaron á los magistrados, diciendo: Estos hombres son Judíos turban nuestra ciudad y predicán unas costumbres que nosotros no podemos recibir ni ejecutar, siendo Romanos. Al oír el nombre de Judíos, á los que tanto horror tenían los Romanos por causa de la circuncisión, todo el pueblo se alborotó contra ellos, y los magistrados, haciendo que les rasgasen las túnicas y quedasen descubiertas sus carnes, mandaron que les azotasen con varas, y después de haberles azotado largamente, les metieron en la cárcel, mandando al carcelero que los custodiase con toda diligencia. El carcelero, luego que recibió esta orden, los metió en un calabozo y les puso los piés en un cepo.

Mas á la media noche, puestos en oración san Pablo y Silas, alababan á Dios, oyéndolos cuantos estaban en la cárcel, y luego se sintió un terremoto tan grande, que se conmovieron hasta los cimientos del edificio, se abrieron todas las puertas y se soltaron todas las prisiones. Cuando el carcelero vió sueltos los presos y abiertas las puertas, desenvainó la espada y se quiso matar. Pero san Pablo exclamó con todas sus fuerzas, diciendo: No te hagas mal, porque todos estamos aquí. San Pablo y Silas no se movieron para no exponer al pobre carce-

lero; y los demás tampoco dejaron sus puestos, sin duda sobrecogidos del espanto que les causó el terremoto. El carcelero registró la cárcel para asegurarse de la permanencia de los presos, y ninguno faltaba; mas cuando vió á san Pablo y Silas que con sus gritos le habian librado de matarse á sí mismo, se arrojó temblando á sus piés, y conociendo que aquellos hombres eran unos ministros de Dios, les preguntó: ¿Y qué es lo que debo yo hacer para salvarme? Y ellos le dijeron: Cree en el Señor Jesus, y serás salvo tú y toda tu casa; y tomando el carcelero á san Pablo y á Silas en aquella misma hora de la noche, les lavó las llagas. Ellos predicaron al carcelero y á toda su familia la palabra del Señor y todos fueron bautizados. Supieron las autoridades que Pablo y Silas eran Romanos, y luego se apresuraron á sacarles de la cárcel.

**Vienen á la casa de Lidia y causan una extraordinaria alegría.**

Luego que san Pablo y Silas salieron de la cárcel, vinieron á la casa de la piadosa y amable Lidia, donde estaban reunidos Lucas, Tito y Timoteo y un gran número de cristianos de los convertidos de Filipo. Todos se hallaban en el mayor desconsuelo, porque no sabían en qué vendrían á parar su grande y grandemente amable san Pablo y su precioso compañero Silas. Cuando les vieron entrar, debieron experimentar un regocijo muy semejante al de los discípulos de Jerusalem cuando se presentó san Pedro á la puerta de la casa de María, madre de Márcos. Los dos mártires de Jesucristo, y compañeros en el calabozo de Filipo, hicieron una relación tan tierna y circunstanciada, cual convenia á su glorioso triunfo, y los fieles les oyeron con aquel consuelo y alegría que hace alabar al Dios de todo consuelo.